

ESCENAS DE PEEP-SHOW

Por Federico Schopf.
Ediciones Manieristas.
Santiago, 1985.
70 páginas.



Se mira cuanto se hace (o cuanto hacen), y el mirar es ya una forma del conocimiento, sin dejar de ser una tortura en el juego de un Eros y Thanatos que se desplazan por todos los tiempos de la historia, al fin y al cabo uno. El *peep-show* es la mitología de nuestro tiempo en un mundo que pretende recuperar el carácter dionisiaco extremo, ése que acompaña siempre en la historia a los tiempos de postrimerías, de los cuales Federico Schopf quiere ser cronista puntual. Sin embargo, en la primera sección del libro, un aire buñueliano, una visión caleidoscópica permite que el "juego" (así es, querido Huizinga) haga de la presencia de un Orfeo y de una Eurídice el modo de evitar la repetición del mito, sin dejarlo pasar indemne, tocándolo con los rigores de este tiempo y de este espacio.

La "Meditación sobre Roma" es otra modalidad del *peep-show*, pues al desacralizar el Coliseo, el Teatro de Marcelo, la basílica de San Pedro, se acude a los orígenes, y en una mirada alucinante, como el mejor manjar de un Nietzsche que deambula por Sicilia, buscando un presente que fue, que siempre ha sido, Schopf viola como transgresor purísimo las formas de un espacio que

la historia petrificó convirtiendo en paisaje. Sin otorgar más sentido que el que ese mundo poseyó, en donde lo sagrado fue el cesarismo, el degüello, la tortura, el exterminio, la guerra, el placer, la violación, instalado en el interior de un sistema que, como hombre del Siglo de las Luces, Sade extremó filosóficamente, Schopf quiere abrir "el ojo de la verdad".

En "Siciliana", los viejos dioses anfibios, tan antiguos como el mar, prisioneros de esa pasión solar que es la herencia yacente del siciliote, aquel primitivo habitante de las islas, custodio de la Magna Grecia, hace de Júpiter o de Neptuno, de Dionisos o de Baco, el hombre de cada día, el que persigue el milagro a los ojos que es el sol sacrificador, el que se nutre de un tiempo sin tiempo, de un espacio que en el "fue" sigue siendo. Si Valéry extremó la lógica mediante el ritmo, en "Cementerio Marino", Schopf se propone ir viviendo cada día esa pasión solar que él vuelve espiral, salto eleático, en la búsqueda de una azar previsible, el de la muerte.

De los peces a quienes cantó Marcial, de las comedias de Lúculo, de los innumerables *graffiti*, del mundo que Empédocles quiso mirar por dentro, cuando se asomó al cráter del Etna, en donde halló el Hades que buscaba, está hecho este libro, que sigue las huellas del antiguo himno griego. Y además, por voluntad de un hombre que piensa en el correlato, Schopf funde los tiempos (la Antigüedad y la Era Moderna) con un sueño, con un fingimiento, apelando a las oscuras mitologías. Y todo el afuera se convierte en mirar por dentro, como los versos en que dice:

**El azar me entregó un conocimiento
o la necesidad
cóncava a causa de los ojos
que nunca ven afuera.**

Libro sabio, en el que impera la idea del viaje como una posibilidad del conocimiento interior, como un estallido historicista que deja repensar el mito.

Alfonso Calderón